

las de la Santa Capilla de París o las del Gesú de Roma; tampoco al refinado Seiscientos, creando la sencilla iglesia promostatense de Steingaden, en la Alta Baviera; ni a la Francia de los Luises, afeminada y ampulosa, en identidad con la maciza contextura de las murallas abulenses.

Por lo que se refiere a la sociedad, los férreos caballeros medievales se hubiesen sentido avergonzados de deambular entre los edificios de la Florencia, como madame Recamier no se hubiera atrevido a que la retratasen en las estancias de cualquier monumento árabe. Y es que cada sentimiento colectivo de la arquitectura, corresponde a la concepción ideal del mundo y de la vida que la suma de individuos tiene, porque ella lleva en sí el principio de equilibrio que requiere y ordena la existencia en común de heterogéneos y plurales elementos.

Por último, cada pueblo expresa y concreta en su característica manera de concebir la masa arquitectónica, cuanto de razonamiento geométrico, bello, severo o apasionado, mande sobre él. Egipto, el país jeroglífico y avaro de sí mismo, recurrió a la grandiosa pesadez édrica de sus pirámides funerales; a la aplastante tenebrosidad de sus mastabas, y a las macizas y plúmbeas techumbres de Luksor y Karnak. La Hélade gracil, contrapone a la columna eternal de los egipcios, la rizada superficie de las suyas, dóricas, armoniosas en la proporción. Roma, cesárea, para honrar a sus dioses, construye el orbe cerrado de su Panteón curvo. Lo arquitectónico, pues, expresa la idea dominante en un pueblo: Egipto, con su pirámide, la eternidad, que es como el ápice en que descansaba su peregrina obsesión; Grecia, la idolatría de las formas bellas, que re-

